

Materias

Por María Carolina Geel

Alfonso Calderón publica, en Editorial Universitaria (1978), una selección de prosas inéditas de Gabriela Mistral, bajo el hermoso título de *Materias*. Suponemos, obviamente, que tal título ha sido elegido por él, pareciéndonos un acierto. Desde luego, aunque palabra única, irradia una especie de universalidad que toca a todo cuanto existe, desde la pequeña misteriosa al misterio de lo ilimitado. En seguida, señala en el prólogo que "la anécdota, en la prosa mistraliana, suele volverse trascendente por el ritmo que le impone (...) por una enorme capacidad mítica", breves observaciones ambas que apuntan con exactitud a dos aspectos de la inconfundible tonalidad de quien fue verdadera forjadora de un lenguaje único de honda raíz castellana, lo cual pesa hasta en los neologismos que en él introdujo con la naturalidad de la artista cabal.

Relativos a este último aspecto, Calderón muestra su objetividad al transcribir los conceptos que la obra de Gabriela Mistral mereció al ultra crítico Pedro Nolasco Cruz, caballero que en su constante prurito de zamarrear hubiese desnaturalizado al mismísimo Cervantes. Ello ocurría, parece, al final de los años treinta.

¿Cómo referirse a los contenidos de este libro en que la poesía puesta en prosa se va comunicando por ese poder del encanto que descansa en la particularidad de su acento? Encanto, sí. Porque aquí no hallaremos aquella expresividad dramática sin parangón de las "Interrogaciones", de "Los Sonetos de la Muerte".

Gabriela Mistral siempre amó a la madre Tierra un poco a la manera franciscana. En las páginas más destacables de este libro en el tema, esa manera, si bien lleva implícito el sentido religioso del hermano de Asís, parece envolver más bien el goce de absorber con las palabras la visión poética de la naturaleza. Así, cuando dice, "se me crea un acuerdo con las cosas, que casi es la dicha". Ese acuerdo subsiste hasta en el desacuerdo, como cuando anda en compañía del espíritu o fantasma de Teresa de Ávila por las tierras de Castilla (¡Ay, la aridez de Castilla!). Pero el espíritu de la poetisa castellana le rectifica: "A ver si me dejas que yo te haga ver la Castilla mía, para que la comprendas. Mira que es vino fuerte que necesita potencias firmes y que tú vienes de América y tus sentidos son gruesos para una tierra de aire sutil". Mas la de América persiste en creer que es el mundo vegetal el que añade dignidad a la vida y que "sin esta dignidad de la hermosura el negocio del vivir se apabulla". Y añadirá: "Cuento entre los placeres de mi ojo la penamadura dorada de una hortaliza".

De nuevo decimos: ¿cómo referirse a los contenidos del libro? La pretensión de querer "explicar" la sustancia que anima a esta prosa puede verse que resulta bien pobre. Hay que agregar que siempre que hemos intentado reflexionar sobre la obra mistraliana hemos retrocedido por sentir que está más allá de la capacidad que nos asiste. En otras palabras, nos queda grande. Viene a acontecernos, pues, exactamente lo contrario de lo que, a juicio de Alonso, ocurrió con nuestra poetisa cuando quiso hablar de la obra de José Martí: después de su prólogo, exaltándolo, él aparecía débil, poca cosa, reducido a márgenes estrechos (prólogo contenido en la selección que nos ocupa). En

nuestro caso, la corriente expresiva de la prosa de Gabriela no es alcanzada por el razonamiento inevitablemente personal de la pretendida crítica.

En consecuencia, abandonamos el análisis de las páginas de *Materias* (nótese que el nombre envuelve todo cuanto existe, incluida por cierto la intimidad...), páginas en que la alegría bondadosa, la penetración con la tierra elemental cuanto sagrada, encierran un lenguaje cuya sencillez es sólo hermanable con su honda originalidad.

Ofrecemos, por tanto, sin comentarios, algunas breves muestras para aquellos lectores que son atraídos por el arte de Gabriela Mistral.

Vamos El Paisán Dorado. "Un pájaro en piezas —le dice la paloma toda ella unida—. Si tú no tuvieras —le contesta él— un poco de rosa en las patas serías un bastazo blanco" (...) "Mira a la lemana anodina. ¡Qué esposa morganática le dieron! Si un día llega al Parque su igual, la nacida del fuego, la depositará en una gran llamarada".

El Topo. "El enano del Centro de la Tierra le prometió una esposa subterránea. El comprendió que debía bajar a su encuentro. De ahí los subterráneos y las galerías que ha ido labrando (...) serán el palacio de las bodas. Los tontos de arriba le atribuyen su misma calidad. El Gran Enano sabe que la inteligencia está hecha un poco de capacidad de silencio y otro de lentitud".

El Cactus "es como un grito de la aridez. Cuando se levanta aislado en medio de un campo, es un asceta del llano, enjuto y acendrado".

Y he aquí el alerce: "... tragón que mastica los siglos con una calma bédica. (...) La escalera andina lo dejará subir y más subir hasta que halle las navajas heladas".

Vienen después algunos retratos humanos. Vamos a Portales. "... Aparece Portales, criollo purgado de romanticismo, realista de marca mayor, y echa su brazo apuñado sobre el halo de culebrillas viraces que es nuestro guerrillismo". (...) Es la suya una línea rebujita que sube en unas volutas anchas de fuerza segura. (...) Trabaja sin remilgos de aristócrata y sin comedismo de burgués: es un herrero de fragua civil, desenvuelto, soez y sin atolondramiento". Y sobre Chile añade:

"Cuando en aquel extremo del Pacífico aparece un mandatario grande, cuyo busto salta de la vaina de nuestra Cordillera, ese hombre es sencillamente un varón chileno que conoce el ritmo natural de su raza, que lo acepta, lo obedece y obra según su módulo, es decir, vitalmente".

En el aspecto narrativo, o más exactamente, biográfico, destacase, primero, la de Emily Brontë y luego la de Máximo Gorki. Aquella capacidad mítica de que habla Calderón, unida a los grandes rasgos de la realidad, confluyen en estos breves relatos para dar por resultado una forma de exposición, casi diámana, a lo Borges, de redacción, en verdad inédita tanto como vivaz. Aquí, algunos retazos.

"Cuando el reverendo Brontë descansaba de los Doce Jurces, se hacía leer por la mayorcita el debate político de los periódicos, delante de las seis criaturas sentadas como pingüinos de pecho alerta que oyen y no entienden. Pero algunas de las páginas más vibrantes de todo el libro se hallarán en la descripción del viento en el páramo.

Materias [artículo] María Carolina Geel.

Libros y documentos

AUTORÍA

Geel, María Carolina, 1913-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Materias [artículo] María Carolina Geel.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa